

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA
LUMEN GENTIUM
SOBRE LA IGLESIA

CUADERNO 22



CUADERNO 22
LA SANTIDAD
COMO VOCACIÓN UNIVERSAL
(LG 39-42)

FRANÇOIS-MARIE LÉTHEL

La santidad no es más que la perfección de la caridad, es decir, la plenitud del gran amor verdadero del que tiene sed cada corazón humano. No es una ilusión, ni un ideal abstracto e inalcanzable. Es una realidad ofrecida a todos. Es el amor de Jesús, amor divino y humano, el don más grande del Espíritu Santo.

Por eso, la Iglesia católica, junto con las Iglesias ortodoxas, ha venerado siempre a los santos, los conocidos, beatificados o canonizados, pero también la multitud de todos los santos que son celebrados el 1 de noviembre. El Concilio celebra un nuevo desarrollo de la tradición viva de la Iglesia con respecto a la santidad y a los santos, abriendo una nueva página, con un increíble aumento en el número de beatificaciones y canonizaciones de hombres y mujeres de todos los estados de vida, con muchos ejemplos de santidad entre los laicos en particular, en el matrimonio y en la familia. Antes del Concilio, la mayoría de los santos reconocidos estaba constituida por sacerdotes y religiosas.

En este estudio queremos poner de manifiesto la gran evolución que parte del capítulo V de la constitución *Lumen gentium*, promulgada por san Pablo VI el 21 de noviembre de 1964 en la fiesta de la Presentación de la Virgen y que llega a la exhortación apostólica del papa Francisco *Gaudete et exsultate* «sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo», publicada en la solemnidad de San José el 19 de marzo de 2018. Después del Concilio, que había iluminado el lugar de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia (LG, cap. VIII), san Juan Pablo II

ofreció su prolongación en su exhortación apostólica *Redemptoris custos* «sobre la figura y la misión de san José en la vida de Cristo y de la Iglesia» del 15 de agosto de 1989. El papa Francisco ha dedicado recientemente a san José la carta apostólica *Patris corde*, fechada el 8 de diciembre de 2020. Y quiso iniciar solemnemente su pontificado en la solemnidad de san José el 19 de marzo de 2013. A través de estos recientes grandes documentos de la Iglesia y de las numerosísimas beatificaciones y canonizaciones, podemos entender mejor lo que es realmente la santidad a la que todos hemos sido llamados, una santidad cercana a todos, accesible y practicable.

Todos estamos invitados a entrar en el gran corro de los santos pintado por el beato Fra Angelico, donde los santos y los ángeles se dan la mano para ayudarnos también a nosotros a caminar hacia la santidad. El icono del corro de los santos estuvo en el centro de los ejercicios espirituales que prediqué en 2011 para Benedicto XVI y la curia romana. Aparece en la portada del libro que recoge las 17 meditaciones bajo el título *La luz de Cristo en el corazón de la Iglesia* (Madrid 2021). Partiendo del capítulo V de la constitución *Lumen gentium* sobre la vocación universal a la santidad, seguiremos el desarrollo de este tema después del Concilio en los escritos del papa Pablo VI y de sus sucesores, hasta llegar al papa Francisco. Por último, presentaremos la figura de Teresa de Lisieux, proclamada doctora de la Iglesia por san Juan Pablo II, como una excepcional maestra de santidad para todos.

I. EL CAPÍTULO V DE LA CONSTITUCIÓN *LUMEN GENTIUM*

Titulado «La vocación universal a la santidad en la Iglesia», el capítulo V de la *Lumen gentium* (39-42) es como el corazón de esta constitución dogmática sobre la Iglesia, con respecto a los otros capítulos y, sobre todo, con relación al último (VIII) sobre «María en el misterio de Cristo y de la Iglesia» que, según las palabras de san Pablo VI, es «vértice y corona» de toda la constitución.

En efecto, María inmaculada representa de su modo más perfecto la *santidad* de la Iglesia, su rostro más hermoso «sin mancha ni arruga» (Ef 5,27), es decir, sin la mínima traza de pecado. El mismo *misterio de la Iglesia*, que el primer capítulo contempla en su fuente eterna de santidad que es Cristo junto con el Padre y el Espíritu Santo, ese mismo misterio se refleja perfectamente en María en el último capítulo. Este es el primer nivel, más profundo, de las enseñanzas del Concilio sobre la santa Iglesia. Desde esta luz, toda la Iglesia viene a continuación presentada en un segundo nivel como el «pueblo de Dios» (cap. II), «enteramente llamado a la santidad» (cap. V), «en camino hacia la patria del cielo» (cap. VII). Por último, en un tercer nivel, la misma Iglesia peregrinante es considerada en las distintas vocaciones: la jerarquía, es decir, los obispos, presbíteros y diáconos (cap. III), los laicos (cap. IV) y los religiosos (cap. VI). Este nivel integra y desarrolla la clásica doctrina de los concilios ecuménicos precedentes —Trento y Vaticano I— sobre la constitución jerárquica de la Iglesia, especialmente sobre los obispos como sucesores de los apóstoles. En el capítulo III es claramente reafirmado el primado del obispo de Roma como sucesor de Pedro y vicario de Cristo (LG 18).

La mayor contribución del Concilio es precisamente la nueva insistencia sobre la santidad de la Iglesia, poniendo de relieve el primado de la santidad representado por María, mientras Pedro representa el primado institucional. María inmaculada es evidentemente más santa que el apóstol Pedro, que había renegado de Jesús tres veces en el momento de la pasión. Así, se podría decir que los capítulos V y VIII de la *Lumen gentium* son como los dos «faros» de santidad para toda la Iglesia. La santidad, a la que todos son igualmente llamados en las distintas vocaciones y en los diversos estados de vida, es perfectamente realizada en María. Su plena santidad ilumina toda la Iglesia en el cielo como en la tierra: ¡la santidad de la madre es para todos sus hijos! Se puede entender entonces la gran paradoja de nuestra Iglesia en la tierra: «La Iglesia, abrazando en su seno a pecadores, es santa y a la vez siempre necesitada de purificación [*sancta simul et semper purificanda*]» (LG 8). ¡Es la gran vocación común de todos a la santidad que da sentido a todas las diversas vocaciones en la Iglesia!

1. La santidad como perfección de la caridad

En el capítulo V, la santidad es caracterizada como «perfección de la caridad» (LG 39 y 40). A continuación, se considera el «multiforme ejercicio de la única santidad» según las diversas vocaciones en la Iglesia (LG 41).

La perfección de la caridad es la esencia de la santidad y es inseparablemente perfección de la fe y la esperanza. Estas tres virtudes teologales son las principales modalidades de la gracia del bautismo, los dones más grandes del Espíritu Santo en esta vida. Para san Juan de la Cruz, son el alma de la auténtica vida espiritual, los únicos medios de la unión con Dios. Según san Pablo, «la más grande es el amor», que «no pasa nunca», siendo la misma en el cielo como en la tierra, mientras la fe y la esperanza desaparecerán en la visión «cara a cara» (cf. 1 Cor 13,8-13). La caridad «todo lo cree, todo lo espera» (1 Cor 13,7), y santo Tomás de Aquino la llama «madre, raíz y forma de todas las virtudes» (*Suma teológica* I-II, q. 62 a. 4).

El ejercicio de la santidad es luego considerado en las diversas vocaciones en el interior del pueblo de Dios: los miembros de la jerarquía (obispos, presbíteros y diáconos) y los laicos entre los cuales se mencionan de manera especial a los cónyuges y a los padres cristianos, con una nueva insistencia en la santidad en el matrimonio y la familia y en la implicación en el trabajo y la sociedad civil. El último punto de este capítulo atañe a «los caminos y medios de la santidad», poniendo la caridad siempre en primer lugar (LG 42).

El texto hace aquí de nuevo referencia a la doctrina de santo Tomás sobre la primacía de la caridad. Su expresión más elevada es el martirio. También es presentado como un particular camino de santidad el camino de los consejos evangélicos que son la esencia de la vida consagrada.

2. Los últimos capítulos de la *Lumen gentium*

Este capítulo encuentra su prolongación en los tres últimos capítulos de la constitución. Después del capítulo VI relativo a la vocación de los religiosos en la Iglesia, el capítulo VII consi-

dera la *indole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celestial*, ofreciéndonos la visión más amplia de la Iglesia en la tierra, en el purgatorio y en el cielo (LG 49).

Por último, el capítulo VIII, que contempla a la *Bienaventurada Virgen María Madre de Dios en el Misterio de Cristo y de la Iglesia*, ofrece la luz más elevada sobre la vocación de todos a la santidad:

La Iglesia en la santísima Virgen llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga (cf. Ef 5,27). En cambio, los creyentes se esfuerzan todavía en vencer el pecado para crecer en la santidad. Por eso dirigen sus ojos a María, que resplandece ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de todas las virtudes. La Iglesia, meditando sobre ella con amor y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, llena de veneración, penetra más íntimamente en el misterio supremo de la encarnación y se identifica cada vez más con su Esposo. María, en efecto, ha entrado profundamente en la historia de la salvación y en cierta manera reúne en sí y refleja las exigencias más radicales de la fe. Al honrarla en la predicación y en el culto, atrae a los creyentes hacia su Hijo, hacia su sacrificio y hacia el amor del Padre. La Iglesia, procurando la gloria de Cristo, se hace más semejante a su excelso Modelo, progresando continuamente en la fe, la esperanza y el amor y buscando y obedeciendo la voluntad de Dios en todo (LG 65).

Asunta al cielo y plenamente configurada con Jesús resucitado, María es verdaderamente *señal de esperanza cierta y de consuelo para toda la Iglesia peregrinante*: «La Madre de Jesús, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen y comienzo de la Iglesia que llegará a su plenitud en el siglo futuro. También en este mundo, hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 Pe 3,10), brilla ante el pueblo de Dios en marcha, como señal de esperanza cierta y de consuelo» (LG 68). San Juan Pablo II hará resplandecer este rostro mariano de la Iglesia durante su largo pontificado.

II. LA EVOLUCIÓN DESPUÉS DEL CONCILIO

Esta nueva enseñanza del Concilio sobre la santidad resplandece en el magisterio y en el testimonio de los últimos papas, del

papa Pablo VI al papa Francisco. Con la beatificación y la canonización, la Iglesia ha reconocido la santidad de Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Benedicto XVI y el papa Francisco no han dejado de insistir en el primado de la santidad en la Iglesia, dando siempre nuevos ejemplos en el pueblo de Dios. Consideremos brevemente sus principales contribuciones.

1. **Humildad, fe, esperanza y caridad en el magisterio de Juan Pablo I**

En su brevísimo pontificado, el beato Juan Pablo I ofreció a toda la Iglesia una contribución sencilla y esencial sobre *humildad, fe, esperanza y caridad*. ¡Son los principales «ingredientes» de la santidad! Esto corresponde a su emblema episcopal de 1958, donde el lema *humilitas* está bajo las tres estrellas que simbolizan las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad. Veinte años más tarde, las cuatro audiencias generales de su mes de pontificado fueron dedicadas a la *humildad* (6 de septiembre de 1978, un mes después de la muerte de Pablo VI), a la *fe* (13 de septiembre), a la *esperanza* (20 de septiembre) y a la *caridad* (27 de septiembre, en la vigilia de su muerte). Esta breve síntesis es como la clave del alma del papa Luciani, ¡el sencillo y esencial tesoro de santidad que compartió con todo el pueblo de Dios!

Si la caridad es la mayor y la madre de todas las virtudes, también se ha de decir que su fundamento indispensable es la humildad, «nodriza de la caridad», según santa Catalina de Siena (*Carta* 33). Comentando la parábola evangélica de las diez vírgenes (Mt 25,1-13), Catalina explica que en la lámpara de nuestro corazón está siempre el aceite de la humildad que alimenta la llama de la caridad (*Carta* 112). Así, Juan Pablo I pone la humildad en primer lugar y todas las audiencias son caracterizadas por este clima humilde, sencillo y alegre. Así, se llama a sí mismo, «el pobre papa».

En la catequesis sobre la *fe*, el papa hizo una referencia muy significativa a los dos pontífices precedentes de los que quiso retomar sus nombres; Juan XXIII y Pablo VI:

Ya sabéis que en el último discurso del 29 de junio pasado, Pablo VI dijo: «Después de quince años de pontificado puedo dar gracias al Señor porque he defendido la fe y la he conservado» [...]. Procuremos responder a las esperanzas de los papas que han convocado y aplicado el Concilio, el papa Juan y el papa Pablo. Tratemos de mejorar la Iglesia haciéndonos más buenos nosotros. Cada uno de nosotros y toda la Iglesia podría recitar la oración que yo tengo costumbre de decir: «Señor, tómate como soy, con mis defectos, con mis faltas, pero hazme como tú me deseas» (*Audiencia general* [13-9-1978]).

El nuevo papa comparte con toda la Iglesia esta breve oración tan característica de su espiritualidad. Es de nuevo la expresión de la verdadera humildad, en su orientación esencial hacia la santidad. Y es precisamente el dinamismo de la *esperanza* que es contemplado en la siguiente audiencia general, reflejo de la experiencia del papa Luciani, que hace referencia a la esperanza del salmista:

A él y a todos los que esperan, se puede aplicar lo que de Abraham dijo san Pablo: «Creyó esperando contra toda esperanza» (Rom 4,18). Diréis todavía: ¿Cómo puede suceder esto? Sucede, porque nos agarramos a tres verdades: Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas. Y es él, el Dios de la misericordia, quien enciende en mí la confianza; gracias a él no me siento solo, ni inútil, ni abandonado, sino comprometido en un destino de salvación, que desembocará un día en el paraíso (*Audiencia general* [20-9-1978]).

En pocas palabras, se nos ofrece una espléndida síntesis sobre la esperanza vivida por el papa Luciani. Y en lo más profundo de la fe plena en el amor misericordioso de Dios, omnipotente y fiel, que tiene como horizonte seguro la vida eterna del cielo, a pesar de todos los pecados cometidos en el pasado. Esta viva esperanza es fuente de la verdadera alegría, del optimismo cristiano, de la *caridad amable y sonriente* de la que dio testimonio Teresa de Lisieux y el papa, percibido de inmediato por el pueblo como «el papa de la sonrisa». No se trata de algo superficial, de una sonrisa publicitaria, sino de una gran virtud cristiana:

Han ido también surgiendo de vez en cuando en el transcurso de los siglos afirmaciones y tendencias de cristianos demasiado pesimistas en relación con el hombre. Pero tales afirmaciones han sido desaprobadas por la Iglesia y olvidadas gracias a una pléyade de santos alegres y activos, al humanismo cristiano [...] y a una teología comprensiva. Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, incluye entre las virtudes la *iucunditas*, o sea, la capacidad de convertir en una alegre sonrisa —en la medida y modo convenientes— las cosas oídas y vistas [...]. Declarando virtud al bromear y hacer sonreír, santo Tomás se colocaba en la línea de la «alegre nueva» predicada por Cristo, de la *hilaritas* recomendada por san Agustín; derrotaba al pesimismo, vestía de gozo la vida cristiana, nos invitaba a animarnos con las alegrías sanas y puras que encontramos en nuestro camino (*Audiencia general* [20-9-1978]).

Por último, la audiencia general sobre la *caridad*, pronunciada el 27 de septiembre, en la vigilia de su muerte, es como su testamento espiritual, la coronación de toda su vida y su pontificado. No es otra cosa que el comentario del simple acto de amor citado al principio:

«Dios mío, con todo el corazón y por encima de todo os amo a vos, bien infinito y felicidad eterna nuestra; por amor vuestro amo al prójimo como a mí mismo y perdono las ofensas recibidas. Señor, haced que os ame cada vez más». Es una oración muy conocida entretrejida con frases bíblicas. Me la enseñó mi madre. La rezó varias veces al día también ahora; y trataré de explicárosla palabra por palabra como lo haría un catequista de la parroquia.

Aquí, el papa comparte con el pueblo de Dios la realidad más profunda de su corazón durante toda su vida, de la infancia a la muerte: la caridad como único amor de Dios y del prójimo hasta perdonar siempre. Ese fue el último suspiro de Teresa de Lisieux, expresado en su último aliento: «Dios mío, ¡te amo!».

Después, el papa recuerda lo que había aprendido de su profesor de filosofía en el seminario, es decir, los dos movimientos del conocimiento y el amor según santo Tomás: conocer es recibir en sí mismo el objeto conocido, mientras amar es salir de sí

mismo hacia el objeto amado. Así es interpretado nuestro amor a Dios como un «viaje». Podemos considerar las últimas palabras de la audiencia como las últimas palabras del papa:

Las últimas palabras de la oración son: «Señor, que os ame cada vez más». También aquí hay obediencia a un mandamiento de Dios, que ha puesto en nuestro corazón la sed del progreso. De los palafitos, las cavernas y las primeras cabañas, hemos pasado a las casas, los palacios y los rascacielos; de los viajes a pie o a lomos de mulo o de camello, a los coches, los trenes y los aviones. Y se desea progresar todavía más con medios cada vez más rápidos, alcanzando metas cada vez más lejanas. Pero amar a Dios —ya lo hemos visto— es también un viaje: y Dios lo quiere cada vez más intenso y perfecto. Ha dicho a todos los suyos: «Vosotros sois la luz del mundo, la sal de la tierra» (cf. Mt 5,13-14); «sed, pues, perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt 5,48). Esto quiere decir «amar a Dios no poco, sino muchísimo; no detenerse en el punto a que se ha llegado, sino con su ayuda avanzar en el amor.

Estas últimas palabras del beato Juan Pablo I revelan el gran dinamismo de toda su vida como un continuo camino de santidad, de crecimiento en la humildad y en la caridad, un continuo *avanzar en el amor*.

2. **Juan Pablo II**

En su homilía para la beatificación de Juan Pablo II el 1 de mayo de 2011, Benedicto XVI nos ofrecía una luminosa síntesis de la vida y el pontificado de su predecesor en esta dimensión de la santidad:

Queridos hermanos y hermanas, hoy resplandece ante nuestros ojos, bajo la plena luz espiritual de Cristo resucitado, la figura amada y venerada de Juan Pablo II. Hoy, su nombre se añade a la multitud de santos y beatos que él proclamó durante sus casi 27 años de pontificado, recordando con fuerza la vocación universal a la medida alta de la vida cristiana, a la santidad, como afirma la constitución conciliar sobre la Iglesia *Lumen gentium*.

Todos los miembros del pueblo de Dios —obispos, sacerdotes, diáconos, fieles laicos, religiosos, religiosas— estamos en camino hacia la patria celestial, donde nos ha precedido la Virgen María, asociada de modo singular y perfecto al misterio de Cristo y de la Iglesia. Karol Wojtyła, primero como obispo auxiliar y después como arzobispo de Cracovia, participó en el Concilio Vaticano II y sabía que dedicar a María el último capítulo del documento sobre la Iglesia significaba poner a la madre del Redentor como imagen y modelo de santidad para todos los cristianos y para la Iglesia entera. Esta visión teológica es la que el beato Juan Pablo II descubrió de joven y que después conservó y profundizó durante toda su vida. Una visión que se resume en el icono bíblico de Cristo en la cruz, y a sus pies María, su madre. Un icono que se encuentra en el evangelio de Juan (19,25-27) y que quedó sintetizado en el escudo episcopal y posteriormente papal de Karol Wojtyła: una cruz de oro, una «eme» abajo, a la derecha, y el lema: *Totus tuus*, que corresponde a la célebre expresión de san Luis María Grignon de Monfort, en la que Karol Wojtyła encontró un principio fundamental para su vida: *Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor tuum, Maria* —«Soy todo tuyo y todo cuanto tengo es tuyo. Tú eres mi todo, oh María; préstame tu corazón»— (*Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 266).

Hablando de la *hilera de beatos y santos* proclamados por Juan Pablo II, Benedicto subraya uno de los aspectos más característicos de su pontificado, el altísimo número de beatificaciones y canonizaciones. En efecto, Juan Pablo II proclamó 1 345 nuevos beatos y 482 nuevos santos. No se trata de una exageración, sino de la más profunda fidelidad al Concilio, con la intención de dar ejemplos luminosos de santidad en todos los estados de vida, en todas las partes del mundo y en las distintas culturas, en el periodo más reciente, pero también en los siglos pasados.

Así, fueron santificados muchos mártires del siglo xx, víctimas de las persecuciones del nazismo y del comunismo, como la figura emblemática de san Maximiliano Kolbe, y también tantos mártires del siglo xix en el Extremo Oriente, especialmente en Vietnam y Corea. Hay también numerosos mártires de la Revolución francesa y los mártires ingleses de los siglos anteriores.

Juan Pablo II subrayó la dimensión ecuménica del martirio: hay muchos mártires en las distintas Iglesias cristianas.

Muchos santos y beatos son del periodo más reciente, pero otros están más alejados en el tiempo, como por ejemplo el indio mexicano Juan Diego, el vidente de nuestra Señora de Guadalupe en el siglo XVI. Entre las figuras actuales más conocidas y amadas en el mundo, se pueden recordar especialmente san Pío de Pietrelcina y santa Teresa de Calcuta. Juan Pablo II puso de manifiesto de manera particular la santidad de los laicos, algunos jovencísimos, como los niños videntes de Fátima, Jacinta y Francisco, de 9 y 10 años. También se subrayó la santidad de los niños más pequeños como la venerable Antonietta Meo, muerta a los 6 años, y de jóvenes como la beata Chiara Luce Badano, muerta a los 18 años (primera beata del Movimiento de los Focolares) y el beato Carlo Acutis, muerto a los 15, enamorado de Jesús eucaristía y «ángel del ordenador».

Una gran novedad fue la beatificación el 21 de octubre de 2001 de dos esposos: Luigi y Maria Beltrame Quattrocchi. Sus dos hijos sacerdotes concelebraron con el papa en la misa de beatificación de sus padres. Además, en 2021, el papa Francisco reconoció las virtudes heroicas de Enrichetta, su hija pequeña.

Esta primera beatificación abrió un camino. Así, Luis y Celia Martin, padres de santa Teresa de Lisieux, fueron beatificados por Benedicto XVI y canonizados por el papa Francisco. Ahora existen muchas causas de beatificación de esposos. El papa Francisco ya ha reconocido las virtudes heroicas de dos matrimonios: en el siglo XIX, Carlo Tancredi y Giulia, marqueses de Barolo; en el siglo XX, Sergio y Domenica Bernardini. En estas causas hace falta examinar atentamente la vida de cada uno de los esposos, porque uno podría ser santo y el otro no (como, por ejemplo, la madre de san Agustín, santa Mónica, mientras que su marido Patricio no). Pero cuando los dos son santos, se ve una santidad común, una santidad matrimonial que no es una simple suma, sino más bien una multiplicación de la santidad de los dos cónyuges. A la luz de estos santos esposos, es necesario superar una concepción demasiado individualista con una nueva reflexión teológica sobre la santidad común de la pareja, en la gracia del sacramento del matrimonio. En el nuevo Misal

Romano falta todavía una misa específica para los esposos en el Común de los Santos.

Benedicto XVI, en el texto ya citado, después de haber recordado esta *hilera de beatos y santos*, pone de manifiesto el camino de santidad de su predecesor a la luz del capítulo VIII de *Lumen gentium* sobre «María en el Misterio de Cristo y de la Iglesia». Es el camino de toda la vida de Karol Wojtyła, vivido con María, siguiendo este «hilo mariano». El emblema y la representación simbólica del texto del evangelio según Juan con respecto a la presencia de María junto a la cruz del Hijo, mientras el *Totus tuus* resume la espiritualidad cristocéntrica y mariana de san Luis María Grignion de Montfort que iluminó la vida del pontífice polaco desde los 20 años hasta su muerte. En los años dramáticos de la ocupación nazi, cuando el joven Karol tenía que trabajar como obrero para evitar la deportación a Alemania, un laico salesiano, Jan Tyranowski, le regaló la obra maestra de Montfort: el *Tratado de la verdadera devoción a la santísima Virgen María*, que será luego continuamente releída y meditada por él.

El texto latino citado por el papa Benedicto XVI se encuentra en el final eucarístico del *Tratado* (266-273), cuando san Luis María invita al fiel a ver la santa comunión con María. Aquí el *Totus tuus* es dirigido a María para recibir a Jesús con su corazón. Las palabras *accipio te in mea omnia* («te tomo como todo mi bien») son la apropiación personal del texto del evangelio según Juan en la traducción latina de san Jerónimo: *accepit eam discipulus in sua* («el discípulo la tomó como ella»). En el don total de sí mismo a María y a Jesús por medio de ella, el discípulo acoge plenamente el don maravilloso que Jesús hace de su propia madre. Así, a la luz de este texto evangélico, san Luis María propone a todos los miembros del pueblo de Dios, en especial a los más pequeños y pobres, un camino de santidad que consiste en vivir plenamente la gracia del bautismo en el continuo don de sí mismo a Jesús por María, en una gran dinámica que va del bautismo a la eucaristía. Las mismas palabras en latín, la expresión más breve de la consagración montfortana, eran continuamente copiadas por Karol Wojtyła en las primeras páginas de sus manuscritos, desde los tiempos de su seminario clandestino hasta todo su pontificado.

San Luis María, llamado por Juan Pablo II «un teólogo de clase» (*Don y misterio. En el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio*) tenía una concepción muy clara de la vocación universal a la santidad. En el *Secreto de María* que resume todo su *Tratado*, afirma:

Alma, tú que eres imagen viviente de Dios y has sido rescatada con la sangre preciosa de Jesucristo, Dios quiere que te hagas santa como él en esta vida y que participes en su gloria por la eternidad. Tu verdadera vocación consiste en adquirir la santidad de Dios. A ello debes orientar todos tus pensamientos, palabras y acciones, tus sufrimientos y las aspiraciones todas de tu vida. De lo contrario, haces resistencia a Dios, por no realizar aquello para lo cual te ha creado y te conserva la vida (n. 3).

La vocación universal a la santidad encuentra aquí su fundamento en los misterios de la creación y de la redención. Cada ser humano es un alma creada a imagen de Dios y redimida por la sangre de Cristo. Es por tanto la vocación a la santidad de todos los hombres y mujeres, y no solo de los cristianos. En la fe y los sacramentos de la Iglesia, el cristiano encuentra todos los medios para responder a esta vocación, pero el Señor y Salvador no abandona a los demás hombres, ofreciendo a cada uno la posibilidad de acoger su salvación (cf. LG 16).

En su *Carta a los religiosos y a las religiosas de la familia montfortana* del 8 de diciembre de 2003, san Juan Pablo II ofreció una hermosa síntesis de la espiritualidad de san Luis María a la luz del Concilio, citando el texto de la *Lumen gentium* y diversos pasajes del *Tratado de la verdadera devoción* o del *Secreto de María*. En la primera parte de esta *Carta* (n. 2-3), María es contemplada en el misterio de Cristo y de la Iglesia, plenamente ligada a Cristo y a la Iglesia, con una fuerte insistencia en el carácter cristocéntrico de la verdadera devoción a María y en su dimensión eclesial. En la segunda parte se pone de relieve el camino de santidad vivido con María en la Iglesia, compartiendo su caridad, su fe y su esperanza, con las expresiones del Concilio: «La santidad, perfección de la caridad» (n. 4), la «peregrinación de la fe» (n. 5) y «signo de esperanza cierta» (n. 6).

3. Las catequesis de Benedicto XVI sobre los santos

También bajo el pontificado de Benedicto XVI tuvieron lugar muchas beatificaciones y canonizaciones. El papa teólogo contribuyó de manera importante con sus numerosas catequesis sobre los santos en las audiencias generales de los miércoles, revisitando la historia de la Iglesia como historia de santidad: tras los apóstoles fueron considerados los Padres de la Iglesia, los santos de la Edad Media y de la época moderna, con una atención particular a las mujeres y a los doctores de la Iglesia.

Después de la última catequesis sobre santa Teresa de Lisieux, doctora de la Iglesia y patrona de las misiones, Benedicto XVI ofreció en la audiencia general del 13 de abril de 2011 una bellísima conclusión, insistiendo en el papel cristocéntrico de los santos para guiarnos hacia Jesús, siempre vivo y presente en su Iglesia:

En las audiencias generales de estos últimos dos años nos han acompañado las figuras de muchos santos y santas: hemos aprendido a conocerlos más de cerca y a comprender que toda la historia de la Iglesia está marcada por estos hombres y mujeres que con su fe, con su caridad, con su vida han sido faros para muchas generaciones, y lo son también para nosotros. Los santos manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado; han dejado que Cristo aferrara tan plenamente su vida que podían afirmar como san Pablo: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Seguir su ejemplo, recurrir a su intercesión, entrar en comunión con ellos, «nos une a Cristo, del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del pueblo de Dios» (LG 50). Al final de este ciclo de catequesis, quiero ofrecer alguna idea de lo que es la santidad.

Recordando siempre las enseñanzas del Concilio sobre la vocación universal a la santidad, el papa insiste en el aspecto principal de la santidad que es la vida en Cristo Jesús, la progresiva transformación en él.

A continuación, Benedicto XVI explica que la santidad no es principalmente el resultado de nuestro esfuerzo, sino el desarrollo de la gracia del bautismo que nos introduce en el miste-

rio pascual de Cristo. Siguiendo las enseñanzas del Concilio, el papa caracteriza la santidad como «la caridad plenamente vivida», intentando acercar lo transmitido por el Concilio a nuestra vida cotidiana.

Los santos conocidos y celebrados durante el año litúrgico representan todos los estados de vida, todas las diversas vocaciones plenamente vividas. Pero están también todos los otros santos no canonizados, «los santos de la puerta de al lado» de los que hablará el papa Francisco:

La Iglesia, durante el año litúrgico, nos invita a recordar a multitud de santos, es decir, a quienes han vivido plenamente la caridad, han sabido amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana. Los santos nos dicen que todos podemos recorrer este camino. En todas las épocas de la historia de la Iglesia, en todas las latitudes de la geografía del mundo, hay santos de todas las edades y de todos los estados de vida; son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Y son muy distintos entre sí. En realidad, debo decir que también según mi fe personal muchos santos, no todos, son verdaderas estrellas en el firmamento de la historia. Y quiero añadir que para mí no solo algunos grandes santos, a los que amo y conozco bien, son «señales de tráfico», sino también los santos sencillos, es decir, las personas buenas que veo en mi vida, que nunca serán canonizadas. Son personas normales, por decirlo de alguna manera, sin un heroísmo visible, pero en su bondad de todos los días veo la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, es para mí la apología más segura del cristianismo y el signo que indica dónde está la verdad. En la comunión de los santos, canonizados y no canonizados, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, nosotros gozamos de su presencia y de su compañía, y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino y compartir un día la misma vida bienaventurada, la vida eterna.

4. **La exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* del papa Francisco**

El 19 de marzo de 2018, en la solemnidad de san José, el papa Francisco publicó su exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*

«sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo». Es seguramente uno de los textos más importantes de nuestro papa, dentro de las grandes perspectivas de la *Evangelii gaudium*. Es un texto largo y rico, dividido en cinco capítulos: «La llamada a la santidad» (I), «Dos sutiles enemigos de la santidad» (II), «A la luz del Maestro» (III), «Algunas notas de la santidad en el mundo actual» (IV), «Combate, vigilancia y discernimiento» (V).

Siempre en la continuidad de la tradición viva de la Iglesia, el papa Francisco ofrece un nuevo desarrollo de nuestro tema con un fuerte énfasis en la dimensión comunitaria y no solo personal de la santidad. Es la santidad del pueblo de Dios, del «santo pueblo fiel de Dios», que no se limita a los santos conocidos, sino que incluye a todos «los santos de la puerta de al lado»:

No pensemos solo en los ya beatificados o canonizados. El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente». El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo. Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad» (GE 6-7).

Una de las «características de la santidad del mundo actual» es precisamente este aspecto comunitario, recordado a menudo por el papa, ante la fuerte tentación del individualismo contemporáneo. Nos ofrece el ejemplo de las comunidades de mártires, pero también sencillamente de los santos esposos: «hay

muchos matrimonios santos, donde cada uno fue un instrumento de Cristo para la santificación del cónyuge» (GE 141). El ejemplo más perfecto de esta santidad comunitaria es la sagrada familia de Nazaret: «La comunidad santa que formaron Jesús, María y José, donde se reflejó de manera paradigmática la belleza de la comunión trinitaria» (GE 143).

En la *Lumen gentium*, la vocación de todos a la santidad está iluminada por la presencia y el ejemplo de María. En el espíritu del Concilio, el papa Francisco concluye su texto con María, en la misma tonalidad de sencillez, familiar y popular: «Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: “Dios te salve, María...”» (GE 176).

III. TERESA DE LISIEUX, MAESTRA DE SANTIDAD PARA TODOS

Santa Teresa de Lisieux fue proclamada por Pío XI patrona de las misiones en 1927 y por Juan Pablo II doctora de la Iglesia en 1997. «Santa Teresita» es una de las mayores maestras de santidad para todo el pueblo de Dios, iluminando para todos el camino de la santidad como un «pequeño camino de confianza y amor», accesible y practicable para los más pequeños, pobres y pecadores. Su luminoso testimonio llega también a muchas personas más allá de las fronteras de la Iglesia y del cristianismo, hasta tal punto que ahora es honrada por la UNESCO como una figura ejemplar para toda la humanidad.

Contando su experiencia en su escrito principal de *Historia de un alma*, Teresa hace resplandecer en el amor toda la verdad de

nuestra fe católica y también la belleza de la vida cristiana plenamente vivida en la santidad. Su libro, traducido a todos los idiomas, reúne los tres manuscritos autobiográficos (A, B y C) y dos oraciones esenciales de la santa: *La oración del día de la profesión* y el *Acto de ofrenda al Amor Misericordioso*. Sus otros escritos son las *Cartas* (LT), las *Poesías* (P), las *Recreaciones piadosas* (PR) y las *Oraciones* (Pr). *Historia de un alma* es un auténtico manual de santidad que ha de ser releído a la luz del Concilio, como hizo Juan Pablo II con el *Tratado* de san Luis María Grignon de Montfort. De manera semejante a las catequesis de Juan Pablo I, en la *Historia de un alma* vemos los «ingredientes» principales de la santidad: la humildad, la fe, la esperanza y la caridad.

Este libro es el relato de la breve vida de una joven carmelita francesa que muere a la edad de 24 años el 30 de septiembre de 1897. En su extrema sencillez y aparente banalidad, sin nada de extraordinario, el texto de Teresa es fascinante porque es el relato de *su vida en Cristo Jesús*, iluminada y transfigurada por el amor de Jesús. La *Historia de un alma* es una historia de amor, del amor más grande y hermoso del que todo corazón humano tiene sed: el amor divino y humano de Jesús. Las dos palabras más frecuentes en los escritos de Teresa son el nombre de Jesús (dos veces más frecuente que el de Dios) y la palabra «amor» (junto con las conjugaciones del verbo «amar»). La santa comparte con sus lectores la certeza de que este amor infinito y misericordioso es ofrecido a todos y a cada uno como si fuera único en el mundo.

La caridad «cree todo y espera todo» (1 Cor 13,7). A la luz de esta afirmación de san Pablo, podemos considerar el camino de santidad recorrido por Teresa y propuesto por ella a todos como camino de amor, de fe y de esperanza.

1. **La caridad como amor infinito en la extrema pequeñez**

En la *Historia de un alma*, el texto más grande sobre el amor es el segundo *Manuscrito autobiográfico* (Ms B). Es una larga oración a Jesús donde Teresa revela la inmensidad de su deseo de amarlo no solo en su vocación de carmelita, sino también en

todas las vocaciones, en todos los lugares y todos los tiempos, como sacerdote, misionera y mártir, lo que parece absolutamente irrealizable (Ms B, 2v-3r).

Sin embargo, Teresa no tira la toalla y busca una respuesta en el texto de la Sagrada Escritura leído en la oración. Es un texto de san Pablo, pero también hace referencia al relato del encuentro de Jesús resucitado con María Magdalena en el evangelio según Juan (Jn 20,11-18):

Mis deseos me hacían sufrir durante la oración un verdadero martirio, abrí las cartas de san Pablo con el fin de buscar una respuesta. Y mis ojos se encontraron con los capítulos XII y XIII de la Primera Carta a los Corintios... Leí en el primero que no todos pueden ser apóstoles, o profetas, o doctores, etc...; que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano. [...] La respuesta estaba clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz... Al igual que Magdalena, inclinándose sin cesar sobre la tumba vacía, acabó por encontrar lo que buscaba, así también yo, abajándome hasta las profundidades de mi nada, subí tan alto que logré alcanzar mi intento... Seguí leyendo, sin desanimarme, y esta frase me reconfortó: «Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino inigualable». Y el apóstol va explicando cómo los mejores carismas nada son sin el amor... Y que la caridad es ese camino inigualable que conduce a Dios con total seguridad. Podía, por fin, descansar... Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, yo no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocirme en todos ellos... La caridad me dio la clave de mi *vocación*. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que solo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el *Amor* encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...! Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...! Sí, he encontrado mi

puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... en el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... ¡Así lo seré todo! (Ms B, 3rv).

El capítulo 12 de la Primera Carta a los Corintios presenta las diversas vocaciones en la Iglesia, con el símbolo de los diversos miembros del cuerpo. Esto corresponde exactamente a los capítulos III, IV y VI de la *Lumen gentium*. En la búsqueda de Teresa, la acogida de esta verdad es comparada al descubrimiento del sepulcro vacío en la experiencia de la Magdalena la mañana de Pascua. Siguiendo con la búsqueda, la Magdalena encuentra al Resucitado y, para Teresa, el gran descubrimiento del corazón de la Iglesia. La intuición genial de la santa es prolongar el simbolismo del cuerpo y los miembros al himno a la caridad de Pablo en el capítulo 13 de 1 Cor. Esto reenvía a nuestro capítulo V de la *Lumen gentium* sobre la vocación universal de la santidad, es decir, a la perfección de la caridad, a la plenitud del amor. Cada cristiano, cada hombre también, puede hacer suya la exclamación de Teresa: «Mi vocación es el amor». Es la gran vocación que anima y da sentido a todas las vocaciones particulares.

La caridad es el amor divino como totalidad e infinito ya dado en esta vida en el corazón de la Iglesia peregrinante, donde es verdaderamente santa. Teresa sabe que su gran descubrimiento es para todas las almas más pequeñas, para llevarlas a la «cima de la montaña del Amor» (MS B, 1v), según el simbolismo de san Juan de la Cruz. A continuación, la santa explica que esta inmensidad de amor es vivida por ella en las cosas más pequeñas de la vida cotidiana, comparándose a un niño pequeño que lanza flores cantando. En las manos de Jesús, las cosas más pequeñas adquieren «un valor infinito» en la comunión de toda la Iglesia, en la tierra, en el cielo y en el purgatorio (Ms B, 4v). El amor de Dios plenamente revelado es dado en Jesús y el amor misericordioso que se abaja al extremo en los misterios de la encarnación, la pasión y la eucaristía, haciéndose pequeño para la salvación de todos. Teresa aporta su más bella expresión en su última *Carta* (LT 266) que es como su testamento espiritual. Es una imagen pintada por ella para un futuro sacerdote misionero, el seminarista Maurice Bellière, su primer hermano espiritual que representa

a Jesús niño en la hostia consagrada entre las manos del sacerdote, con estas sencillas palabras: «No puedo temer a un Dios que por mí se ha hecho tan pequeño. Lo amo porque es solo amor y misericordia». Para Teresa, como para Francisco de Asís, la eucaristía es el sacramento de la *pequeñez y pobreza de Dios*, la expresión extrema de su amor por nosotros. Hace realmente presente la encarnación y la Pascua para suscitar nuestra respuesta de confianza y de amor. Más cercana a Jesús en todos sus misterios, la Virgen María es la más grande en el reino de los cielos porque ha sido la más pequeña (cf. Mt 18,4). Así la contempla Teresa a través del evangelio en su última poesía titulada *Porque te amo, oh, María* (54).

El amor de Jesús anima y llena toda la vida de Teresa. Para ella, vivir es «vivir de Amor», como canta en una de sus más hermosas poesías (17). El acto de amor: «Jesús, te amo» es como su continua respiración, como el latido de su corazón. No es un simple sentimiento humano, es realmente el amor divino que el Espíritu Santo vierte en nuestros corazones para hacernos entrar en toda la comunión de la Trinidad, según las palabras de Teresa: «Ah, tú lo sabes, divino Jesús, te amo / El Espíritu de Amor me incendia de su juego / Amándote atraigo al Padre» (17/2). En medio de los mayores padecimientos de cuerpo y alma, la santa escribe una de sus últimas poesías titulada *Mi alegría* (45). Da su secreto en el último verso al afirmar: «¡Jesús, mi alegría es amarte!».

En una carta del mismo periodo, Teresa revela el sentido de toda su vida y de su misión en el cielo como en la tierra con estas sencillas palabras: «Amar a Jesús es hacerlo amar» (LT 220). Las últimas páginas de la *Historia de un alma*, al final del tercer *Manuscrito autobiográfico* (Ms C, 33v-37r), expresan el mismo dinamismo misionero del amor, cuando la santa comenta las palabras dirigidas por la esposa al esposo en el Cantar de los Cantares: «Llévame contigo, ¡corramos!» (Cant 1,4). Teresa pide a Jesús que la lleve al fuego de su amor hasta hacerla incandescente, para atraer a sí todas las almas que se acerquen a él. Según el papa Francisco, es el verdadero modo de evangelizar «por atracción» (*Evangelii gaudium*, 14).

En Teresa resplandece la infinita belleza del amor de Jesús. Su testimonio tan fuerte y atrayente es la fascinante belleza de

una mujer plenamente realizada en el amor, en todas las dimensiones más profundas de su feminidad, como esposa y madre, hija y hermana.

Plenamente mujer, Teresa es esposa de Jesús y madre de las almas, hija del Padre y de María, hermana de todos, los más cercanos y los más lejanos: las hermanas y los misioneros, hasta los ateos del mundo moderno, convirtiéndose de verdad en «hermana universal». La infancia espiritual es la expresión más típica del amor filial en el corazón de Teresa, como hija/niña (*enfant*) llena de confianza.

2. Verdad y oscuridad de la fe

Jesús es camino, verdad y vida (cf. Jn 14,6). En el amor, Teresa hace resplandecer toda la verdad de nuestra fe cristiana con un lenguaje sencillo, claro y preciso, capaz de llegar al corazón y de iluminar la mente. Así, todos los contenidos de nuestro credo están expresados en la *Historia de un alma* y perfectamente sintetizados en la unidad del misterio de Jesús, contemplado como Dios y hombre verdadero en el centro de la Trinidad, entre el Padre y el Espíritu Santo, en la obra de la creación y de la salvación, nacido de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, siempre presente y activo en su santa Iglesia por medio del bautismo y los demás sacramentos.

La divinidad única que Jesús posee eternamente con el Padre y el Espíritu Santo es contemplada por Teresa a través del atributo de la misericordia, inseparable de la justicia: «A mí me ha dado su misericordia infinita, ¡y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Entonces todas se me presentan radiantes de *amor*; incluso la justicia (y quizá aún más que todas las demás) me parece revestida de amor» (Ms A, 83v).

Teresa encuentra de manera espontánea la doctrina de san Pablo en la Carta a los Romanos a propósito de la justicia de Dios que no juzga al hombre pecador, sino que lo justifica gratuitamente por medio de la sangre de Jesús (cf. Rom 3,21-26). Es la justicia totalmente misericordiosa porque en Dios justicia y misericordia son realmente lo mismo, es decir, su naturaleza o

esencia (como todos los demás atributos divinos). Teresa es por excelencia la doctora de la misericordia divina, seguida de otros santos y santas como, por ejemplo, santa Faustina Kowalska.

Jesús amado y contemplado por Teresa es siempre la Persona divina del Verbo encarnado, el Dios-Hombre que no pierde su divinidad cuando toma nuestra humanidad. De este modo, el pequeño y frágil Niño en los brazos de María es al mismo tiempo el Creador del universo que ya ve y quiere su pasión redentora por amor por nosotros, por cada uno de nosotros que conoce y ama personalmente.

En la Pascua de 1896, Teresa entra en su pasión, la pasión del cuerpo con la enfermedad y, sobre todo, la pasión del alma con la dolorosa prueba de la fe relatada por ella en el inicio del tercer *Manuscrito autobiográfico* (Ms C, 4r-7v). En unión con María en la pasión de Jesús, nuestra santa vive una profunda *kénosis de la fe*. Esta fuerte expresión utilizada por san Juan Pablo II a propósito de María junto a la cruz (cf. *Redemptoris Mater*, 18) no significa la pérdida de la fe, sino al contrario, la fe más probada y heroica. Teresa no tiene dudas, pero sí las fortísimas tentaciones contra la fe en la existencia del cielo. Según sus palabras, el mismo Jesús «ha permitido que su alma fuera invadida por las tinieblas más espesas», y son las tinieblas del ateísmo moderno. En efecto, la santa vive a finales del siglo XIX que fue el siglo de oro del ateísmo filosófico y militante (Karl Marx, Friedrich Nietzsche, y todas las formas de materialismo). Teresa renueva continuamente su acto de fe, escribiendo el credo con su sangre, rezando con plena confianza por la salvación de todos los ateos del mundo moderno, creyendo y esperando el cielo para ellos. Los llama «hermanos» y acepta estar sentada en su mesa, como Jesús hacía con los pecadores (cf. Mt 9,10-13). Junto a María santísima, Teresa es ejemplo de fe para todo el pueblo de Dios.

3. **La esperanza ilimitada de la salvación y la santidad**

Por último, la mayor contribución de Teresa es la relativa a la esperanza, con nuevos horizontes y nuevas perspectivas, como

esperanza ilimitada de la salvación y la santidad. Es también su mensaje más actual en un momento de grandes sufrimientos para la Iglesia y para toda la humanidad. En sus escritos, la esperanza es frecuentemente expresada con la palabra *confiance* (confianza), siempre inseparable de la fe y del amor. Es «la confianza la única que lleva al amor» (LT 197) y que se apoya en la fe en la misericordia divina revelada y dada en Cristo Jesús.

Teresa experimenta y enseña una nueva esperanza, ilimitada, en la misericordia infinita de Jesús para la salvación eterna de todos, especialmente para los más alejados, los más pecadores, los más desesperados. En la *Historia de un alma* nos cuenta la fundamental experiencia vivida por ella a los 14 años (antes de entrar en el Carmelo) en una página maravillosa que se encuentra en el centro del primer *Manuscrito autobiográfico*. Es la narración de su gracia de Navidad de 1886 y de la salvación del criminal Pranzini (Ms A, 44r-46v) que manifiesta una profundísima comunión a los misterios de la encarnación y la redención. Durante una misa dominical, la joven fija su mirada en una sencilla imagen de Jesús crucificado, tomando la decisión de «quedarse a los pies de la cruz» para recoger su sangre y comunicarla a las almas más necesitadas, es decir, a los grandes pecadores que corren el peligro de la muerte eterna del infierno.

Teresa oye entonces hablar de un gran criminal condenado a muerte e impenitente. De Jesús ella lo recibe como su «primer hijo», según su propia expresión. Es como el resonar de la palabra de Jesús a María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). Este «primer hijo» es el hombre aparentemente más desesperado. Y por él Teresa espera contra toda esperanza, consciente del extremo peligro de la muerte eterna. Escribe: «quise evitar a toda costa que cayese en el infierno». Hace celebrar la misa por él y reza por él con la certeza de que será salvado, también «aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento» y da el motivo: «tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús». Está segura de que aun sin ninguna señal visible, abrirá su corazón en el último momento al amor misericordioso del Salvador. Es la afirmación más fuerte de la certeza de la esperanza como esperanza para otro. Solo habrá una pequeña señal: Pranzini besará el crucifijo antes de ser guillotinado.

Esta extrema esperanza se amplía luego a todas las almas, como se ve en la breve oración de Teresa en el día de su profesión a los 17 años, el 8 de septiembre de 1890. En las últimas palabras de esta oración esencial publicada al final de la *Historia de un alma*, se atreve a pedir a Jesús «que ninguna alma sea condenada hoy», añadiendo estas palabras: «Jesús, perdóname si digo cosas que no hace falta decir: solo quiero alegrarte y consolarte». En efecto, esta petición de salvación eterna para todas las personas que mueren en ese día se oponía a la opinión según la cual muchos van al infierno cada día. Es una oración que Teresa renovará cada día.

Doctora de la esperanza cristiana, nuestra santa abre al pueblo de Dios un horizonte ilimitado hasta esperar para todos la salvación eterna, expresando también en el modo más perfecto la doctrina católica sobre el infierno, es decir, la posibilidad para la libertad humana de rechazar para siempre la misericordia del Salvador. Es la misma doctrina propuesta por Benedicto XVI al final de su encíclica *Spe salvi* sobre el juicio de Dios como motivo de esperanza y no de miedo (41-48). Teresa acoge en toda su fuerza la afirmación de Pablo: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» y Cristo «se entregó en rescate por todos» (cf. 1 Tim 2,4-6).

Según Teresa, es María la que enseña a la Iglesia esa segura esperanza materna por la salvación del hijo más desesperado con estas palabras: «Tened confianza en la misericordia infinita del buen Dios; es tan grande que puede anular los mayores crímenes cuando encuentra un corazón de madre que pone en ella toda su confianza» (PR 6, 10r). Es el corazón de María y el corazón de la Iglesia, el corazón de Teresa y especialmente de la mujer en la Iglesia, en esta dimensión de la maternidad espiritual. La esperanza de la salvación es también *esperanza de la santidad* para sí mismo y para todos, en todos los estados de la vida, como gran amor en las pequeñas cosas de la vida cotidiana. Teresa muestra a toda la Iglesia «el pequeño camino de confianza y de amor» como camino de santidad, anticipando la enseñanza del Concilio sobre la vocación universal a la santidad.

Teresa comparte con todos nosotros su «confianza audaz de convertirse en una gran santa» (Ms A, 32r). En esta vida, nunca

es demasiado tarde para hacerse santo. Un gran pecador puede ser todavía un gran santo, también en el último momento, como el buen ladrón del relato evangélico (cf. Lc 23,39-43). Aquí necesitamos citar las últimas líneas de la *Historia de un alma*: «Repito llena de confianza la humilde oración del publicano. Pero, sobre todo, imito la conducta de la Magdalena. Su asombrosa, o, mejor dicho, su amorosa audacia, que cautiva el corazón de Jesús, seduce al mío. Sí, estoy segura de que, aunque tuviera sobre la conciencia todos los pecados que pueden cometerse, iría, con el corazón roto de arrepentimiento, a echarme en brazos de Jesús, pues sé cómo ama al hijo pródigo que vuelve a él. Es cierto que Dios, en su misericordia preveniente, ha preservado mi alma del pecado mortal. Pero no es esa la razón de que yo me eleve a él por la confianza y el amor» (Ms C, 36v37r).

4. El ofrecimiento al amor misericordioso

La *Historia de un alma* concluye con el acto de *Ofrecimiento al amor misericordioso*, pronunciado por Teresa el 9 de junio de 1895, en la fiesta de la santísima Trinidad, compartido inmediatamente con las hermanas y luego con todos los bautizados. El *Ofrecimiento al amor misericordioso* de Teresa es semejante a la *Consagración a Jesús por María* enseñada por san Luis María Grignon de Montfort en su *Tratado de la verdadera devoción a la santísima Virgen*, con la misma referencia a los sacramentos del bautismo y la eucaristía. Es el mismo *Totus tuus* de san Juan Pablo II.

En respuesta al amor del Padre que nos ha dado su Hijo y el Espíritu de su Hijo, la santa se ofrece a sí misma al Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo, a través del rostro y del corazón humano del Hijo en el fuego del Espíritu Santo, como *víctima de holocausto*. Teresa «abandona» (es decir, confía totalmente) su ofrecimiento a María, expresando sus dos mayores deseos: «Salvar las almas que están en la tierra» es decir, todas las almas, y hacerse personalmente santa. Se encuentra también una referencia explícita a la comunión eucarística, central en la vida

de Teresa, con la petición de custodiar continuamente en ella la presencia de Jesús, «como en el tabernáculo».

El símbolo bíblico de la víctima de holocausto expresa el don total de sí mismo en la perspectiva del sacerdocio bautismal. Mirando a María, Teresa ha aprendido esta definición del verdadero amor: «Amar y dar todo y darse a sí mismo» (P 54, *Por qué te amo, ¡oh María!*, estrofa 22). Con María y como María, es necesario darse totalmente al fuego del Espíritu Santo para abrir el propio corazón a la abundancia del agua viva del mismo Espíritu: «Para vivir un acto de perfecto amor, me ofrezco como víctima de holocausto a tu amor misericordioso, suplicándote que me consuma sin cesar, dejando que desborden en mi alma las olas de infinita ternura que están contenidas en ti, para que sea mártir de tu amor, ¡oh, Dios mío!».

